

EL LIBRO DE MATEO

Lección 91, Capítulo 26

(continuación 3)

En nuestro estudio anterior del capítulo 26 de Mateo, analizamos detenidamente una ceremonia bastante peculiar que tuvo lugar en un lugar desconocido dentro de las murallas de Jerusalén, a la que asistieron Jesús y sus 12 discípulos. Ocurrió aproximadamente en la primera hora de la Pascua y, por lo tanto, tuvo lugar poco después del anochecer del 14 de Nisán, justo después de que terminara el 13 de Nisán (ya que el cómputo hebreo de los días va de atardecer a atardecer). En el cristianismo se le ha dado el nombre de Última Cena o Cena del Señor, y como descubrimos, esto no pudo haber sido el tradicional seder de Pascua, ya que este, según el mandato bíblico, tiene lugar 24 horas más tarde, en los primeros momentos en que el calendario pasa al 15 de Nisán, cuando termina la Fiesta de la Pascua y comienza el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura.

El apóstol Juan (en el capítulo 19 del Evangelio de Juan) señala cuidadosamente que los judíos —es decir, los residentes de la provincia romana de Judea— llamaban «Día de la Preparación» a todo el día (el período completo de 24 horas) de la fiesta de la Pascua, que dura un día. Es decir, los residentes locales de Judea utilizaban el día de la Pascua como el momento para preparar la comida conmemorativa del seder (pero sin comerla todavía), tiempo durante el cual sus corderos pascuales eran sacrificados en el Templo y luego cada familia preparaba y cocinaba su cordero sacrificado en uno de los muchos hornos públicos instalados alrededor de Jerusalén. Al atardecer del día de la Pascua, cuando este se convierte en el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura, se consumía la comida preparada. La razón por la que la preparación de la comida no podía continuar hasta el primer día de la Fiesta de los Panes sin Levadura es que tanto el primer como el séptimo día de esa fiesta son días de reposo especiales ordenados por Dios, por lo que no se puede realizar ningún trabajo.

Levítico 23:4-8 ⁴ «***"Estos son los tiempos señalados de ADONAI, las convocatorias santas que***

proclamaréis en sus tiempos señalados. ⁵ «"En el primer mes, el día catorce del mes, entre la puesta del sol y la oscuridad total, es la Pascua para ADONAI. ⁶ El día quince del mismo mes es la fiesta de la matzah; durante siete días comeréis matzah. ⁷ El primer día tendréis una convocación santa; no hagáis ningún tipo de trabajo ordinario. ⁸ Presentaréis ofrendas encendidas a ADONAI durante siete días. El séptimo día es una convocación santa; no hagáis ningún tipo de trabajo ordinario».

Bíblicamente, la Ley de Moisés no exige esta ceremonia que Jesús ofició en las primeras horas de la Pascua. Entonces, ¿qué fue? Según todos los relatos y conjeturas fundamentadas, parece que esta comida especial que celebraron Cristo y sus doce discípulos era una tradición estrictamente creada por el hombre, que los galileos crearon y observaban, pero que los judíos de Judea y otros judíos no parecían compartir. Creo que en esta lección y en la anterior hemos explorado todo lo que la información registrada, ya sea bíblica o de otro tipo, nos brinda sobre esta ceremonia. Lo importante de esta ceremonia de la cena

especial es lo siguiente: el comer el pan como representación del cuerpo de Yeshua y el beber el vino como representación de su sangre tenían un significado simbólico: que sus discípulos se identificaran con la muerte de Cristo. La carne y la sangre son características humanas, no divinas. Por lo tanto, la humanidad de Yeshua es el punto central. Francamente, por lo que hemos aprendido hasta ahora, no puedo imaginar que los discípulos entendieran en absoluto el sentido de esto; de hecho, sospecho que no solo debieron de sentirse perplejos, sino también perturbados al respecto, ya que beber sangre estaba prohibido por la Torá. Y comer carne humana no podía evocar otra cosa que la idea del canibalismo. Sin duda, el significado exacto de esta peculiar observancia —que siglos más tarde se formuló como el sacramento de la Iglesia católica llamado la Comunión— desconcertó a los creyentes judíos de Yeshua durante muchos años después de su muerte y resurrección. Por eso le tocó a Pablo, tres décadas más tarde, explicarlo mejor en una carta a la congregación de Corinto (1 Corintios 11).

También quiero recordarles algo que nos resulta incómodo debido a lo que se ha dicho y enseñado en la Iglesia durante siglos, y que por eso damos por sentado. Los académicos cristianos han reconocido desde hace tiempo (por lo general en una nota al pie poco visible) que, en realidad, cuando leemos en el Evangelio de Mateo que Cristo dice «porque esta es mi sangre, que ratifica el Nuevo Pacto», muchos (y los más antiguos) de los manuscritos griegos del Nuevo Testamento no incluyen la palabra «nuevo». En cambio, ese mismo pasaje dice: «porque esta es mi sangre, que ratifica el Pacto». Incluso el erudito tradicionalista moderno y centrista Ben Witherington III, en su comentario sobre el tema, dice lo siguiente:

... la palabra «nueva» en el versículo 28 no parece ser parte original de nuestro texto, sino más bien un intento de los escribas de ajustar nuestro texto a Lucas 22:20 o a 1 Corintios 11:25.

En otras palabras, parece que un editor cristiano posterior agregó la palabra «nuevo» al versículo. He adoptado la postura de que, muy probablemente, aunque Mateo no incluyera la palabra «nuevo» en su relato del Evangelio, es

probable que Jesús se estuviera refiriendo al cumplimiento del «nuevo pacto» profetizado por Jeremías en el capítulo 31 de Jeremías. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no llevar demasiado lejos el significado del término «nuevo pacto». Cuando Jeremías lo dijo, no se refería al **nombre formal** de un nuevo acuerdo de pacto entre Dios e Israel. Es decir, debemos entender el término como un pacto que es más nuevo o tal vez incluso renovado. Por ejemplo: si salimos a comprar un auto nuevo, ese auto no adquiere un nombre formal de «Auto Nuevo». «Nuevo» es solo una descripción del auto, no un nombre formal para él. «Nuevo» es un adjetivo, no un sustantivo. Como he explicado anteriormente, este pacto «más nuevo» no era nuevo en el sentido de su esencia y sus ordenanzas, sino que era «nuevo» en el sentido de cómo y **dónde** existía y residía... y Jeremías lo deja muy claro (si uno lee los siguientes versículos de ese pasaje). Es decir, el pacto más nuevo no supone la abolición de las reglas anteriores ni de los pactos actualmente existentes, que son reemplazados por nuevas reglas (un auto más nuevo no elimina al auto más viejo). Todos los pactos que Dios estableció siguen intactos como una serie de pactos; no es que cada uno más nuevo

reemplace a los anteriores. Entonces, ¿qué hace realmente el pacto nuevo o más nuevo? Según Jeremías, es que la Ley (el Pacto de Moisés) ahora ha sido misteriosamente colocada en lo más profundo de nuestro ser (nuestros corazones, según el pensamiento judío) como un acto de Dios, de modo que la devoción hacia ella y su comprensión se convierten en parte de nuestra naturaleza, en lugar de haber existido externamente solo en tablas de piedra y rollos de piel de oveja como una especie de libro de reglas físico que estaba principalmente en manos de los líderes religiosos. Esta idea no debería alarmar en absoluto a un cristiano. Después de todo, un aspecto central de la fe cristiana es que el evento de Pentecostés hizo que el Espíritu Santo pasara de existir de manera externa y separada de nosotros a habitar en nuestro interior, con el efecto de que nuestra naturaleza interior se modificó para volverse más receptiva a Dios y a Sus mandamientos. En mi opinión, la morada del Espíritu Santo es el medio y el vehículo a través del cual el espíritu y la intención de la Ley de Moisés se transfirieron de fuera de nosotros a nuestro interior.

Aunque ese tema es fascinante e inspirador, y podríamos discutirlo durante horas, pasemos a la vuelta de Jesús al Monte de los Olivos y a la serie de oraciones que elevó a su Padre Celestial a medida que la terrible realidad de la prueba que estaba a punto de sufrir en unas pocas horas comenzaba a hacerse presente. Abran sus Biblias en Mateo 26; comenzaremos a leer en el versículo 30.

VUELVAN A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:30–45

La CJB dice que después de que Yeshua y los 12 terminaran esta comida festiva especial de Galilea, cantaron el Hallel. La palabra «Hallel» no aparece en los manuscritos griegos. Más bien, la traducción más literal de la palabra griega utilizada (**humneo**) es «cantar una canción o un himno». Traducir esto como «Hallel» supone que el grupo habría cantado una alabanza o bendición judía tradicional que se usaba normalmente en esta temporada festiva de primavera, y eso parece lo más probable. El Hallel consiste en pasajes tomados de los Salmos 113 a 118 y luego adaptados a la música. Este canto de alabanza parece haber sido el cierre tradicional de esta celebración especial de Galilea que llamamos la Cena del Señor. A continuación,

Yeshua se dirigió con su séquito de regreso al Monte de los Olivos.

En el versículo 31, Jesús hace una predicción sorprendente: **todos**, sus doce discípulos perderán la fe en él. Sitúa esta declaración desagradable en el contexto del cumplimiento de una profecía que se encuentra en Zacarías 13.

Zacarías 13:7 ***⁷«Despierta, espada, contra mi pastor, contra el hombre que está cerca de mí», dice ADONAI-Tzva'ot. «Golpea al pastor, y las ovejas se dispersarán; yo volveré mi mano contra los pequeños».***

Comencemos por notar que Yeshua dice: «Esta noche» perderán la fe en mí. Esta pérdida de fe ocurrirá en cuestión de unas pocas horas. No será un desvanecimiento lento; la pérdida de fe sucederá de repente. Sin embargo, el Mesías suaviza esta mala noticia con una buena: después de resucitar de entre los muertos, se reunirá con ellos en Galilea. En otras palabras, todos... no solo algunos... de los discípulos se apartarán de la fe y la confianza que tenían en Él. Sin embargo, más tarde recuperarán esa fe y se reunirán

con Él de nuevo en su provincia natal de Galilea. Las implicaciones de lo que esto significa son enormes, entre las que destaca el hecho de que desmonta rápidamente la doctrina cristiana errónea, presente en algunas denominaciones, conocida como «una vez salvado, siempre salvado».

Uno de los principios fundamentales de esa doctrina, que intenta restar importancia a las numerosas advertencias del Nuevo Testamento sobre las consecuencias eternas de que un creyente renuncie a su fe en Cristo, es afirmar que quienes lo hacen nunca fueron creyentes en primer lugar... sino que eran meros farsantes. Si ese fuera el caso, entonces los venerados 12 discípulos de Cristo también habrían sido farsantes... y no creo que ninguno de nosotros, de ninguna denominación, haría una afirmación tan drástica. Aunque volveremos a abordar esto a medida que avancemos un poco más en Mateo 26, les pido que sigan leyendo, entendiendo que ninguna interpretación ingeniosa puede restarle importancia a la lectura y comprensión claras de las palabras griegas, según las cuales los 12 discípulos renunciarán a su confianza en Yeshua. Dejarán

de ser creyentes por un tiempo. Aunque no quiero entrar en semántica, perderán (o mejor dicho, renegarán de) su salvación. Sin embargo, este principio se amplía de inmediato cuando leemos que, a pesar de esta deserción casi inconcebible de su Maestro por parte de los 12, Jesús se reunirá con ellos nuevamente en Galilea. En otras palabras, esta es una historia de fe perdida y luego restaurada. ¡Qué gran esperanza es esa para nosotros, para nuestros familiares y para otras personas que en algún momento han abandonado su fe en Cristo! La puerta a la seguridad eterna aún no se ha cerrado del todo para ellos, siempre y cuando tengan aliento en sus cuerpos para recuperar conscientemente esa fe, si así lo eligen.

Es evidente que el comentario «después de que haya resucitado» les entró por un oído y les salió por el otro a todos los discípulos. No estoy seguro de qué otra cosa podría haber estado pensando que no fuera la resurrección de entre los muertos. Dicho esto, o bien estaban tan atónitos al enterarse de que estaban a punto de renegar de su fe en Él que lo que dijo a continuación simplemente no les caló, o bien no le creyeron cuando dijo que resucitaría. Y

amigos, no creer en la resurrección de Yeshua es la puerta abierta de par en par hacia la incredulidad en Él como nuestro Salvador. Lamentablemente, diluir Su resurrección al afirmar que en realidad no estuvo muerto, sino que solo se “desmayó” o que no tenía un latido cardíaco detectable, pero seguía vivo, o algo por el estilo, es un principio que crece y se extiende, y que los eruditos bíblicos están promoviendo, ya que muchos de ellos ya no creen en los milagros. Sin la muerte y la resurrección de Cristo, nuestra fe en que Él ha expiado nuestros pecados es en vano. De hecho, no creer en Su muerte y en Su milagrosa resurrección es no creer en lo que Él logró por nosotros.

Naturalmente, el siempre exuberante Pedro es el primero en alzar la voz de inmediato: «Nunca perderé la fe en Ti», incluso si todos los demás discípulos lo hacen. La bravuconería de Pedro pronto se revelará como falsa. Me encanta la descripción que hace Calvino de ella como «la embriaguez de la confianza en uno mismo». Se podría escribir un libro sobre este tema. Cuando tomamos distancia y lo pensamos en un sentido más amplio, primero debemos reconocer que Pedro le está diciendo a Jesús que

está equivocado. Jesús no sabe de qué está hablando. Esta advertencia podría aplicarse a todos los demás, dice Pedro, pero nunca a mí. Otros podrían caer en la tentación de apartarse, pero yo nunca. Mi fe en el Mesías es tan profunda y duradera que finalmente he superado ese punto en el que incluso sería capaz de renegar de Él, piensa Pedro. Soy diferente a todos los demás creyentes. Líderes cristianos y mesiánicos (les hablo a ustedes ahora), no es poca cosa que sea Pedro quien exprese este sentimiento. Pedro es el líder de los discípulos. Es el segundo al mando, solo por debajo de Cristo. Personalmente he conocido a demasiados líderes de nuestra fe que creen que la tentación de caer ya los ha pasado, más o menos; que han adquirido una especie de inmunidad. Esta falsa bravuconería, en realidad, los hace los más vulnerables a ella. Las estadísticas muestran que, entre los creyentes, son los líderes los que tienen más probabilidades de caer en la tentación. De hecho, la mayoría de los estudios realizados sobre el tema indican que alrededor de 3 de cada 10 líderes cristianos cometerán algún tipo de falta moral grave, casi siempre relacionada con una conducta sexual inapropiada.

Yeshua inmediatamente le responde a Pedro y le dice que, antes de que cante el gallo, él lo negará no una, sino tres veces. El canto del gallo simplemente significa el amanecer. La realidad es que los gallos cantan casi en cualquier momento. Pero también se observa que, justo cuando la luz del día está a punto de irrumpir, sus relojes internos los hacen cantar. Por lo tanto, la antigua expresión «cuando cante el gallo» se refiere al momento en que el sol está a punto de iluminar el horizonte.

Pedro, quien en cierto modo canta como un gallo orgulloso, responde **nuevamente** que Jesús se equivoca. En el versículo 35, Pedro sube la apuesta. Dice que, aunque tenga que morir junto a su Maestro, nunca negará a Yeshua. La palabra griega utilizada cambia al término mucho más fuerte **aparneomai**. Es decir, no hay duda de que el sentido de la palabra en español moderno es «renegar». Significa disolver por completo cualquier relación que hubiera existido anteriormente. Mateo nos dice que los otros discípulos también intervinieron en este momento y estuvieron de acuerdo con Pedro. Así que ahora todos ellos están refutando a Jesús y diciéndole que está equivocado.

Como veremos pronto, todos ellos... sin excepción... harán lo contrario de lo que afirmaban. Al menos, por fin, Pedro y probablemente los 12 discípulos han aceptado que Jesús está a punto de morir. ¿Resurrección? Al parecer, no. Siguen ciegos, si no ilusos, respecto a lo que les espera.

Lo que sigue es una lucha interna en Yeshua que inquieta a muchos creyentes; tanto es así que se han inventado todo tipo de explicaciones por parte de diversas autoridades eclesiásticas para tratar de descartar lo obvio, con la esperanza de encontrar algo de paz al respecto. Sin embargo, vamos a enfrentarlo tal como está escrito y, por lo tanto, tal como sucedió.

El versículo 36 muestra a Yeshua y a los 12 en movimiento una vez más, pero esta vez no muy lejos. Se quedaron en el Monte de los Olivos, trasladándose únicamente a un lugar llamado Getsemaní. Sin embargo, ese no es el nombre con el que ellos lo habrían llamado. En su idioma hebreo se llamaba ***Gat-Sh'manim***, que significa «prensa de aceite de oliva». Así que, dondequiera que estuvieran, era donde se encontraba un conocido lagar de aceitunas. Juan, en el capítulo 18 de su Evangelio, llama a este lugar un jardín. En

los otros relatos evangélicos, solo Marcos, junto con Mateo, le da ese nombre formal al lugar. Cristo les dice a sus discípulos que, mientras Él se va, solo, a un rincón tranquilo a orar, ellos deben quedarse donde están. Hagamos una pausa. Reflexionemos sobre esto por un momento. Yeshua, a quien la Iglesia confiesa acertadamente como divino, se va a orar. Orar implica, por naturaleza, dirigirse a alguien superior a uno mismo. ¿A quién le ora? En el versículo 39, a esta persona se le identifica como «Mi Padre». Esto significa que Yeshua, como Hijo de Dios y siendo Él mismo divino, no se encuentra en un nivel de igualdad con el Padre. Existe, por supuesto, una jerarquía divina de autoridad. No hay igualdad entre las personas de la Trinidad. Ciertamente, nunca escuchamos que el Padre (o el Espíritu Santo) le rece a Jesús, ni Jesús nos dice jamás que recemos a nadie más que al Padre. Por lo tanto, Él sigue Sus propias instrucciones.

Dicho esto, el versículo 36 explica que Yeshua se llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Vemos que, con el paso del tiempo, esos tres se han convertido en los más cercanos del círculo íntimo de amigos y seguidores de

Yeshua. Son los mismos tres que estuvieron presentes en la Transfiguración del capítulo 17. Al parecer, al ser sus confidentes de mayor confianza, Yeshua se sumerge en una confesión llena de tristeza y dolor. Dice que está tan angustiado y ansioso que desearía poder morir. Sin duda, «desearía poder morir» se entiende de la misma manera en que lo usamos hoy en día. No se refiere a ello literalmente; simplemente significa que la persona ha llegado al límite de su capacidad para lidiar con algo que le resulta terriblemente angustiante o para procesarlo. No hay forma de evitarlo; Cristo está muy preocupado por lo que está a punto de sucederle. Así que, aunque no quiere incluir a los tres discípulos como parte de un círculo de oración, sí los quiere cerca de Él para que le den consuelo mientras ora a su Padre.

Mientras pensaba en lo que estaba sucediendo aquí, me costaba mucho encontrar la manera de describir lo que Jesús estaba pasando. No lograba encontrar las palabras adecuadas para ello. Sin embargo, el Salmo 55 me dio la respuesta. Les leeré los primeros versículos del Salmo 55, un salmo escrito por David, antepasado de Yeshua.

Salmo 55:1 *Para el director. Con instrumentos de cuerda. Un maskil de David: ² ¡Escucha, Dios, mi oración! ¡No te escondas de mi súplica! ³ ¡Préstame atención y respóndeme! Estoy aterrorizado mientras presento mi queja, tiemblo ⁴ ante los gritos del enemigo, ante la opresión de los malvados; pues no dejan de amontonar problemas sobre mí y de atormentarme con ira. ⁵ Mi corazón late con angustia dentro de mí, los terrores de la muerte me opriman, ⁶ el miedo y el temblor me abruman, el horror me cubre. ⁷ Dije: «¡Ojalá tuviera alas como una paloma! Entonces podría volar lejos y encontrar descanso».*

Al pensar en Cristo orando, este Salmo es una buena descripción de cómo se sentía y de lo que pasaba por su mente. Esto se confirma en la oración que eleva a su Padre.

Mateo 26:39 *Avanzando un poco más, se postró con el rostro en tierra, orando: «¡Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa! Sin embargo, no sea lo que yo quiera, sino lo que tú quieras».*

Creo que podemos tomar la frase «se postró con el rostro en tierra» de manera bastante literal. Incluso los peores pecadores, y a veces aquellos que se han resistido a Dios toda su vida y de repente se dan cuenta de que su fin puede estar cerca, casi instintivamente se postran con el rostro en tierra mientras le suplican a Dios que los ayude. Es casi como si asumir una posición tan humilde al enviar una súplica urgente al Creador fuera algo innato en nosotros como seres humanos. Una vez más, es la humanidad de Jesús la que se manifiesta plenamente aquí. En esa postura de sumisión, comienza con «Padre mío», lo cual se ajusta esencialmente al importante elemento inicial del Padre nuestro del capítulo 6 de Mateo. Y luego Jesús continúa con «aparta de mí esta copa». ¿De qué «copa» está hablando? La interpretación habitual es que está pidiendo que se le quite la terrible paliza y la experiencia de la crucifixión, que es más dolorosa de lo que se pueda imaginar. Sin embargo, en el **Tanakh** (el Antiguo Testamento), en el Apocalipsis e incluso en los libros apócrifos (esos escritos durante el período de 400 años entre el Antiguo y el Nuevo Testamento), el término «cáliz» siempre se asocia con sufrir la ira de Dios. Aquí no puede significar otra cosa. Sabemos

que, en sus últimos momentos de vida, agonizando en la cruz, apenas capaz de respirar, clama y quiere saber por qué el Padre lo ha abandonado. No hay mejor definición de la ira de Dios que ser abandonado por Él y sufrir lo que eso conlleva de manera inherente.

Así que, aunque sin duda Jesús está angustiado por la agonía que está a punto de experimentar, el problema más grave es que sabe que parte de esa experiencia consistirá en sufrir la ira de su Padre. Cuando lleguemos a esa parte del relato de la Pasión, analizaremos precisamente por qué tenía que ser así. No lo pasen por alto... ni lo edulcoren... el hecho de que Yeshua le pide al Padre que NO derrame Su ira sobre Él y que NO tenga que sufrir las humillaciones que está a punto de padecer. Yeshua le pregunta a Dios si realmente tiene que pasar por esto y, por supuesto, el significado debe incluir que preferiría **no** pasar por ello. Y, sin embargo, de alguna manera, en medio de esta agonía emocional, Yeshua sigue decidido a pasar por lo que sea necesario para cumplir la voluntad del Padre. Cabe señalar que, en la mentalidad judía de aquella época —e incluso hasta el presente—, se cree que, en respuesta a una oración

sincera, Dios puede cambiar de opinión. Vemos un ejemplo claro de ello en las súplicas de Abraham a Dios por los habitantes de Sodoma.

¿Cómo simples humanos, racionalizamos lo que Yeshua le está pidiendo a Su Padre? ¿Cómo abordamos el hecho de que Él aparentemente pregunte si tal vez no hay otra manera... tal vez incluso otra persona... que pueda soportar este horror que se le está pidiendo que haga? Juan de Damasco hace esta observación: ***las palabras de Jesús muestran que Él, en verdad, poseía dos voluntades... correspondientes a Sus dos naturalezas.***

Es interesante que la corriente más ortodoxa de la fe cristiana se haya mostrado bastante reacia a aceptar que Jesús tuviera dos naturalezas y, por lo tanto, dos voluntades, porque eso pondría demasiado de relieve su humanidad, cuando lo que más queremos de Él es su indomable divinidad. Preferimos a un Yeshua de Nazaret fuerte, valiente e inquebrantable, en lugar de uno que parece estar a punto de desmoronarse. El problema es que este es el caso clásico de reimaginar a Jesús como el Jesús que queremos, en lugar del Jesús que fue y es. Tenemos

aquí (y en todos los relatos de los Evangelios) un registro de Yeshua en una lucha titánica entre su voluntad humana y la voluntad de Dios. No se trata de que Yeshua intente negar o desafiar a su Padre Celestial; sino más bien de que llega a un punto en su mente en el que finalmente acepta que no hay un plan B, que no hay otra opción, y que, dado que la voluntad humana simplemente no está en sintonía con la de Dios, la lucha interior continuará. Se trata de una sumisión total, en lugar de tratar de encontrar un término medio más cómodo.

Pablo entendió bien este dilema y, en un pasaje que me encanta recordar y citar —supongo que porque me veo reflejado en él—, dijo:

Romanos 7:14-25 ¹⁴ *Porque sabemos que la Torá proviene del Espíritu; pero yo estoy atado a la vieja naturaleza, vendido al pecado como esclavo.* ¹⁵ *No entiendo mi propio comportamiento: no hago lo que quiero hacer; ¡al contrario, hago precisamente lo que detesto!* ¹⁶ *Ahora bien, si hago lo que no quiero hacer, estoy reconociendo que la Torá es buena.* ¹⁷ *Pero ya no soy «yo mismo» quien lo hace, sino el pecado que*

habita en mí. ¹⁸ Porque sé que no hay nada bueno en mí, es decir, en mi naturaleza antigua. ¡Puedo desear lo bueno, pero no puedo hacerlo! ¹⁹ Porque no hago el bien que quiero; al contrario, lo que hago es el mal que no quiero! ²⁰ Pero si hago lo que «mi verdadero yo» no quiere, ya no es «mi verdadero yo» quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. ²¹ Así que descubro que es una regla, una especie de «Torá» perversa, que aunque quiero hacer lo bueno, el mal está ahí conmigo! ²² Porque en lo más profundo de mi ser estoy completamente de acuerdo con la Torá de Dios; ²³ pero en mis miembros veo otra «torá», una que lucha contra la Torá de mi mente y me hace prisionero de la «torá» del pecado, que actúa en mis miembros. ²⁴ ¡Qué miserable criatura soy! ¿Quién me rescatará de este cuerpo destinado a la muerte? ²⁵ ¡Gracias sean dadas a Dios [que él lo hará]! —¡por medio de Yeshua el Mesías, nuestro Señor! En resumen: con mi mente, soy esclavo de la Torá de Dios; pero con mi naturaleza carnal, soy esclavo de la «Torá» del pecado.

Pablo no era Yeshua, y nosotros tampoco lo somos. Sin embargo, compartimos algunos atributos similares. Nuestra naturaleza humana, tal como nos fue transmitida por Adán, es una naturaleza corrupta e irremediable. No seremos completamente sanados de ella hasta después de nuestra muerte. Con fe en Yeshua como nuestro Señor y Salvador, con confianza y obediencia en Su Padre de que Su Palabra para nosotros es verdadera y es nuestra guía que revela Sus expectativas para con nosotros en esta vida, muchos de los **síntomas** de nuestra humanidad corrupta pueden aliviarse. No obstante, esa naturaleza corrupta seguirá viva y presente junto a nuestra nueva naturaleza redimida, otorgada por Dios, y la lucha entre ambas nunca cesará en esta vida, ni debemos esperar que lo haga. Será una frustrante sucesión de batallas; ganaremos algunas y perderemos otras. Incluso Yeshua, perfectamente libre de pecado, en su oración a su Padre en Getsemaní se debatía entre las dos naturalezas porque, de alguna manera, era tan humano como divino.

Aunque no se nos dice directamente cuál fue la respuesta de Su Padre, claramente lo que sigue indica que el camino

no se desvió. Yeshua regresa de su oración privada y encuentra a los discípulos dormidos. Los reprende por no haber sido capaces ni siquiera de velar con Él durante un tiempo relativamente corto (aproximadamente una hora). Los acusa de ser débiles (es decir, débiles de voluntad). Jesús continúa diciendo que deben permanecer despiertos y orar por sí mismos para no sucumbir a la prueba que se avecina. Y esto porque, si bien tienen un espíritu en su interior que está ansioso por hacer lo que Dios quiere, su carne (su naturaleza humana) es débil. Y así, aquí tenemos este famoso proverbio de Jesús que se ha utilizado durante muchos siglos: el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Esto habla de nuestras dos naturalezas.

¿De qué “prueba” habla Yeshua? Sin duda, es la prueba de ver cómo arrestan a su maestro, sabiendo lo que los romanos le hacen a una persona así y, a menudo, a sus seguidores, y de ser capaces de mantener su fe en Él aun a riesgo de perder sus propias vidas. Acaban de afirmar que todos están dispuestos a morir si es necesario por Yeshua, y ante esta afirmación Yeshua les dice que más les vale ponerse a orar y seguir orando si tienen alguna esperanza

de cumplir con la audaz promesa que le hicieron. Podemos tomar la instrucción de Yeshua de permanecer despiertos como una indicación bastante general que hemos encontrado a lo largo de sus numerosos discursos de enseñanza, y más recientemente en la parábola de las diez vírgenes con las lámparas de aceite que salen al encuentro del novio. Estar alertas y preparados implica en gran medida orar y apoyarse en la Palabra de Dios; cuando el traidor está a punto de atacar, dormir está fuera de discusión. Así pues, si bien esta directiva se aplica a los discípulos dormidos en el nivel de **P'shat**, en el nivel de **Remez** se aplica a todos los futuros seguidores de Cristo hasta el día de hoy, mientras esperamos Su regreso. Nuestra fe y nuestra confianza serán puestas a prueba con frecuencia. No puedo dejar pasar esto sin hacer un comentario social sobre el mundo tal como está hoy, en el año 2021. Nuestra fe está bajo ataque. Es posible que algunos cristianos no lo crean así, porque no ven ningún peligro ni en asistir a su iglesia ni en que les quiten la exención de impuestos por sus donaciones. Lo que tal vez no estén viendo es que la sociedad occidental y, especialmente, los gobiernos occidentales han anunciado

abiertamente que consideran las religiones cristiana y judía como una amenaza para su visión del futuro. Están exigiendo, a través de los medios de comunicación y por ley, que, por el bien social, debemos ceder ante la trayectoria del secularismo, y eso comienza por llamar bueno a lo que es malo, y malo a lo que es bueno. Debemos ver la Biblia y sus principios morales como una reliquia, a la ciencia como nuestro nuevo dios, y aceptar que en nuestra época podemos tomar decisiones diferentes a las que tomaron los antiguos judíos o a las que Dios los obligó a tomar. Mientras estemos de acuerdo con eso, se nos permitirá seguir funcionando. ¿Pero funcionar como qué? Ciertamente ya no será como una Iglesia dedicada a Dios y a Cristo, sino más bien como una Iglesia dedicada a existir en cualquier forma que sea necesaria para seguir existiendo.

¿Cómo distinguiremos el bien del mal si el nuevo mantra cristiano es que cada uno tiene su propia verdad personal, porque cada uno de nosotros tiene su propio Espíritu Santo personal, que diseña un conjunto personalizado de mandamientos y normas morales solo para nosotros? Y, por supuesto, estos mandamientos y normas morales

coincidirán con lo que el Estado y la sociedad digan que deben ser. Cada nuevo régimen dictatorial que ha surgido desde tiempos inmemoriales sabía y sabe una cosa con certeza: para establecer su nuevo orden, deben borrarse todos los vestigios del orden anterior. La historia, las tradiciones, la moral y la ética del pasado deben ser reemplazadas por un nuevo conjunto, y eso necesariamente comienza con la eliminación de lo antiguo y con alejarnos de cualquier recuerdo de ello. Cuando nuestras instituciones religiosas desalientan a sus miembros a conocer y seguir la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y buscan reemplazar ese conocimiento con doctrinas creadas por el hombre que, en esencia, dan la vuelta a la Palabra de Dios, debemos rechazarlo rotundamente.

No se dejen engañar; en este momento estamos siendo puestos a prueba. Si no lo sabían, idespíerten! Si no reconocen esa realidad, solo puede ser porque no conocen la Palabra de Dios o no confían en ella, y por eso no saben qué buscar ni cómo juzgar lo que ven. Jesús reprendió a los 12 discípulos originales por su indiferencia ante la amenaza

inminente que enfrentaban, diciéndoles que no pasarían la prueba si no se daban cuenta de la realidad de que, de hecho, estaban siendo puestos a prueba... y que debían hacer algo... orar!

Pero fue en vano. Yeshua regresa a orar (y ora por lo mismo), solo para regresar y encontrar a los discípulos nuevamente sumidos en un profundo sueño. Va por tercera vez... la misma oración... y encuentra a los discípulos dormidos cuando regresa. ¿Por qué fue a orar por lo mismo tres veces? Era tradición judía que pedir algo tres veces indicaba sinceridad y fervor. Encontramos este tipo de patrón en el Libro de los Reyes y en los Salmos. Lo encontramos en Daniel, quien oraba tres veces al día mirando hacia Jerusalén, y así la oración tres veces al día se ha convertido en una tradición judía. Poco después, cuando vemos a Pedro negando a Jesús tres veces, cualquier judío que lea el Evangelio de Mateo entendería que esto significa que Pedro es muy sincero y ferviente en su renegación de Cristo; así es exactamente como debemos entenderlo. Pedro tuvo múltiples oportunidades para reconsiderarlo, pero en cambio redobló su renegación de Jesús.

Después de esta tercera oración, escuchamos a Jesús decir:

Mateo 26:45 *Entonces se acercó a los talmidim y les dijo: «Por ahora, sigan durmiendo, descansen... ¡Miren! Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los pecadores».*

Este es un comentario sarcástico de un Yeshua decepcionado y disgustado. Es como decir: bueno, ya te lo advertí, pero aquí estás, durmiendo otra vez. Espero de verdad que hayas disfrutado de tu sueño, porque ya se acabó el tiempo para prepararte para la prueba que está a solo unos instantes de llegar. Les he dicho lo que sucederá, les he advertido de las consecuencias, pero lo han ignorado y ahora es demasiado tarde porque el traidor ha llegado y los acontecimientos en curso tendrán un final inevitable. Fracasarán. ¿Pueden escuchar al Señor diciéndonos eso a nosotros... a la generación del siglo XXI ? Espero de verdad que estén disfrutando de su sueño porque los acontecimientos ya están en marcha gracias a su negligencia, desinterés e incredulidad general. El traidor, el Diablo, está aquí y (por ahora) está ganando. Ha corrompido incluso a las instituciones que se suponía debían

representar a Dios en la tierra. La puerta está ahora abierta de par en par para que el Anticristo lleve a cabo su maldad, probablemente con la cooperación mundial, incluida la de sectores influyentes de la Iglesia y la sinagoga.

Yeshua se llama a sí mismo nuevamente el Hijo del Hombre; un título que no se refiere a su humanidad, sino a su divinidad. Está diciendo que Él, como descendiente y representante de Dios, está a punto de ser horriblemente despreciado, maltratado y, en última instancia, asesinado, no porque los romanos lo estén tramando, sino porque los líderes religiosos judíos lo desean desesperadamente. Leamos un poco más.

VOLVAMOS A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:46–50

Después de despertar a sus discípulos, que tenían los ojos somnolientos, Jesús dice que el traidor (Judas) ha llegado. Judas se acerca a Jesús y lo besa, lo cual era la señal acordada para indicar a la cohorte de soldados que ese era el hombre que habían estado buscando. Al parecer, ni las tropas ni tal vez ni siquiera el sumo sacerdote sabían cómo era Yeshua, y ciertamente no sabían dónde se encontraba.

No había ningún rasgo distintivo en Yeshua que lo hiciera fácil de identificar; ni siquiera la presencia de sus 12 discípulos lo delató. Sin duda, había decenas, si no cientos, de rabinos y maestros con sus rebaños de seguidores deambulando por Jerusalén durante estos días sagrados, y la vestimenta de los judíos campesinos era muy similar. Tratar de encontrar a Yeshua era algo así como la metáfora de la aguja en un pajar; Judas les proporcionó la solución a los líderes del Templo y de la sinagoga.

Es difícil pasar por alto que Judas fue seleccionado personalmente por Cristo como uno de los 12 originales; hasta que todos llegaron a Jerusalén, nunca escuchamos nada en su contra ni de ninguna artimaña por su parte. Una vez más, el cristianismo ortodoxo suele restarle importancia diciendo que Judas nunca formó parte sinceramente del grupo; que solo era un farsante. O que Judas era un espía desde el principio. La idea es que no hay forma de que Cristo pudiera haber sido engañado por Judas. No tenemos indicios de que Yeshua supiera de antemano que Judas se volvería en su contra. Creo que Judas es simplemente un ejemplo de la semilla que cae en terreno pedregoso, de tal

manera que comienza a crecer, pero luego, con el tiempo, se marchita y muere. En el caso de Judas, la plántula muerta se volvió tóxica. Las acciones de Judas indican que era una persona bastante extrema e impulsiva, quien casi con toda seguridad era miembro del partido de los zelotes y realmente pensó (por un tiempo) que este hombre de Nazaret era el Mesías tan anhelado que formaría un ejército y expulsaría a Roma de la Tierra Santa. Es decir, Judas vio a Cristo bajo una perspectiva errónea, esperaba cosas equivocadas, y cuando sus expectativas no se cumplieron, no solo se alejó de su fe, sino que, en esencia, se convirtió en un adversario. ¿A cuántas personas hemos oído hablar (si no las conocemos personalmente) que aceptaron a Cristo con entusiasmo y, durante un tiempo, asistían a las reuniones de la Iglesia cada vez que se abrían las puertas, se ofrecían como voluntarios para todo, y cuando se enfrentaron a un desafío personal que no se resolvió de inmediato, perdieron la fe y luego se convirtieron en defensores ruidosos y públicos en contra de Jesús y sus seguidores? Creo que esto es, al menos en parte, lo que sucedió con Judas.

La próxima vez continuaremos con el arresto y el juicio simulado de Yeshua.